



Apenas ahora tenemos una perspectiva universal para medir las proporciones de las guerras hispanoamericanas de Independencia y la estatura de valores ecuménicos que escapan a las medidas locales y domésticas de nuestra propia historia. Una de las razones de que se haya carecido de piso para juzgar la obra revolucionaria del General Simón Bolívar y su proyección histórica universal, es la de que la hemos sometido al más grosero y deformante enfoque partidista: todavía nuestros santanderistas de hoy están dominados por el compromiso de mostrarnos un Bolívar decadente y bonapartista —el que instauró la dictadura y dejó obrar las fuerzas de inercia de la sociedad colonial que se mantuvo intacta por debajo de la costra republicana— y todavía los bolívaristas de hoy nos exhiben una figura sublimada y cuya vida se desenvuelve a la manera de los héroes de Carlyle. Ambas posturas —localistas y estrechas— no hacen sino darnos un Bolívar a la imagen y semejanza de sus propias limitaciones partidistas, bien sea que se propague la “versión negra” o la “versión rosa”. El General Bolívar —como los hombres universales— no necesita detractores y cortesanos, sino historiadores con perspectiva humana. Pero el General que transformó las guerras de independencia en una insurrección popular y que dio contenido revolucionario a los alzamientos contra el Estado español, no ha tenido con los historiadores tanta fortuna como en las empresas de guerra. Ni desde fuera, ni desde dentro de América, ha surgido el historiador de Bolívar. Sería extravagante afirmar que no existe la historia documental, los elementos de juicio, ya que bastaría citar el nombre de un investigador tan concienzudo como Vicente Lecuna para demostrar lo contrario. Pero la historia como filosofía de los hechos y de la persona, no existe. Los historiadores del siglo XIX apenas estaban dotados para rendir un testimonio: pero estaban demasiado metidos entre los árboles para tener una perspectiva del bosque. Podían moverse dentro de los hechos de la revolución de independencia, pero desconocían la totalidad de su significado y no alcanzaban a emplazarla en la historia universal. Ni siquiera se ha determinado el papel de las Guerras de Independencia en el desarrollo

del capitalismo norteamericano y europeo. En el siglo XX, los historiadores grancolombianos se han limitado a la tarea de elaboración documental o de interpretación partidista: liberales o conservadores tienen su perspectiva recortada y casera, su versión de un General Bolívar hecho a la medida de sus intereses. Lo mismo podemos decir de las disputas "nacionalistas" de Colombia y Venezuela. ¿No funciona todavía en nuestro país un "partido santanderista" que ha transmitido hereditariamente la tesis de que Bolívar no fue el hijo de nuestra revolución sino un General extranjero? ¿No está cobrando aún el doctor Rafael Sañudo —con una firmeza y acometividad digna de mejor causa— las cuentas que sus antepasados tenían pendientes con el Libertador?

No se crea que esta falta de perspectiva histórica es sólo un problema de nuestros historiadores, parcializados frente a todas las contendidas. Es también un problema de quienes —desde fuera, por encima de los árboles y del bosque— han intentado juzgar las corrientes de nuestra historia. O han construido, como Carlos Marx, una vulgar figura de esquema, o han hecho, como Salvador de Madariaga, un examen puramente judicial de la historia. Si nos atenemos a Marx, el General Bolívar fue sólo un inescrupuloso líder de la aristocracia territorial. Si nos atenemos a Madariaga, fue un político sagaz y oportunista, pero no la figura genial de la independencia americana. Lo cierto es que ninguno de las revoluciones anti-colonialistas de América, de Asia o de África, tiene las proporciones de la llevada a término por el General Simón Bolívar. Ni aún las guerras norteamericanas de independencia pueden comparársele, ya que Washington movilizó pueblos que vivían y pensaban democráticamente y no las masas desposeídas, analfabetas, supersticiosas, ciegas y sordas, que dejó la Colonia Española.

Recientemente la Gran Enciclopedia Soviética, en vez de rectificar el equivocado juicio de Carlos Marx sobre las guerras hispanoamericanas de independencia y sobre el General Simón Bolívar, lo ratificó simple y llanamente. Esta insistencia en un enorme error histórico, no tiene otra explicación que la manera supersticiosa como se mantiene congelada, la obra dogmática del gran maestro. La equivocación pudo explicarse hace un siglo, cuando aún no se disponía de elementos documentados suficientes para juzgar políticamente las guerras de independencia, pero hoy sólo puede considerarse como una aberración voluntaria y como una tremenda demostración de que la veneración por la letra de la doctrina ha llevado a la falsificación escolástica de la doctrina misma. Si lo que hoy se afirma por los historiadores soviéticos —tal como está consignado en una Historia de los Paises Coloniales y Dependientes y en la Gran Enciclopedia no tiene otra fuente

de información que el análisis panfletario de Marx, quiere decir que se ha preferido a su criterio, a su capacidad de desmontar la realidad cambiante de la historia, sus afirmaciones improvisadas, sus dogmas, sus rencillas y sus fobias. A Bolívar le corresponde, en consecuencia, participar del execrable infierno en el que sitúa Marx a los antihéroes, es decir, a quienes cometan la más alta traición que es la traición a la historia. Pero no necesita uno ahondar mucho en el "análisis" de Marx, para darse cuenta de que dialécticamente no hay análisis, intento de comprensión de una realidad y de un juego de clases, balance crítico de luz y sombra. Lo dicho por Marx sobre Bolívar es una crasa negación del propio marxismo: porque es sólo un cuadro de sombra, rígido y simplista, sin atmósfera en la que pueda respirar la historia. En él aparece Bolívar como un pequeño Bonaparte, simple instrumento de una insurrección anti-española de aristocracias feudales, pérvido, traidor, canalla y sin genio político. Más o menos como la "versión negra" que hace años publicara el eximio pastuso Rafael Sañudo, aun cuando en este caso se trata de un nutrido alegato antiboliviano construido sobre una meticulosa base documental. Obviamente entre la "versión negra" y la "versión rosa", circula la verdadera historia del General Bolívar, su vida contradictoria y llena de altibajos, su ímpetu revolucionario o su engreimiento cesarista, la revolución y la contra-revolución. Entre el Bolívar que desata el alud revolucionario del pueblo —negros, indios, mestizos— y el que intenta meter ese alud entre unos pequeños tabiques de hierro, en la época dominada por el signo de la conspiración septembrina, media una enorme distancia histórica: pero entre ambas versiones está la substancia humana de Bolívar. El querer convertirlo todo en un pedazo de barro imperfecto o en un camino fulgurante, ascensional y perfecto, es reducir la historia a polvo y ceniza.

Nada tiene de raro el que Marx no haya sido siempre un afortunado marxista. Mientras en *El Capital* hace un formidable despliegue de conocimientos universales para analizar, exhaustivamente, el proceso del capitalismo contemporáneo, en el juicio sobre Bolívar no hay base documental, ni pasión de análisis, sino burda y esquemática aplicación de la teoría de la lucha de clases.

Por adivinación, no por investigación rigurosa, llegó a ese deformado Simón Bolívar que apenas es un corcho flotando en la marea de las clases altas hispanoamericanas. Marx ni siquiera quiso enterarse de qué pasta estaba constituido el hombre, ni cuál era su verdadero y complejo escenario social: la bastó saber que se había entregado al General Miranda en Puerto Cabello y que había salido de la aristocracia mantuana de Caracas. En rigor de verdad, éste no es un juicio histórico, sino la acerba explosión de un prejuicio. El que sea Carlos

Marx no le quita ni le pone nada, ya que el prejuicio es el mismo len-te deformante en el ojo marxista o en el ojo escolástico.

La historia de Bolívar —como la historia de las guerras de inde-pendencia— está dividida en tres partes: una, de insurgencia de las aristocracias letradas, a partir de 1810; otra de transformación de las guerras en una revolución social; y una tercera, de frustración de esa revolución, cuando la república está obligada a edificarse sobre la pro-pia herencia yacente de la Colonia. Las Guerras Libertadoras se ini-cian en 1810, cuando los Cabildos asumen el ejercicio de la sobera-nía popular, pero sólo se convierten en una revolución cuando hay un general que entiende los problemas militares y políticos de la inde-pendencia. La revolución cambia la naturaleza de la guerra, transfor-mándola de alzamiento aristócrata e insurrección popular. La prime-ra república no podía hacerle frente a la reconquista del General Mo-rrillo: era una república débil, bizantina, romántica, construida sobre el aparato local de los cabildos, sin fuertes raíces populares. A la primera agresión militar tenía que derrumbarse como un castillo de arena. Todo este proceso se transforma con advenimiento del general Bolívar: porque es el quién liga la guerra al pueblo, convirtiéndola en su propia lucha. Las guerras de independencia no habrían logrado su objetivo militar y político, si no se hubiesen desdoblado en una revolu-ción social, y la estrategia política para lograr ese desdoblamiento fue la que precisamente adoptó el genio revolucionario de las guerras de independencia, el General Bolívar: la de dar libertad a los esclavos y siervos que tomasen las armas de la república, la de abolir el arbitrario y despótico sistema fiscal, la de desconocer todos los privilegios origina-dos en la sangre o en el poder económico, la de crear la esperanza en la repartición de las tierras y la de abrir la primera escuela democrá-tica en los cuarteles, permitiendo que cada persona —sin considera-ción exclusiva de su sangre, de su color o de su riqueza— pudiese con-quistar un rango. Esa era una estrategia revolucionaria. La liberación de los esclavos, no adoptó inicialmente la forma jurídica de estar com-pensada por medio de una "equitativa" indemnización. La posición legalista se había amarrado a la tesis de la "invulnerabilidad de un derecho adquirido con justo título": la posición revolucionaria se li-mitaba a negar la existencia de un derecho inicuo, constituido sobre una injusticia. Antes de terminar las guerras de independencia, se ha-bían restablecido todos los impuestos coloniales, incluyendo la tributa-ción per cápita sobre los indios, pero el primer impulso revolucionario lo dio la agitación de un principio tan simple como el de abolir las al-cabalas, los estancos, los impuestos personales, los peajes, todo lo que constituía el pesado tren de cargas fiscales de la Colonia. Esta era, al fin y al cabo, una manera de luchar el pueblo por su libertad. ¿No eran

fiscales y clasistas las trabas conocidas y soportadas por él? La revolución de los Comuneros se había efectuado apenas 30 años antes y fue una insurrección contra las alcabalas y contra el despotismo administrativo y fiscal. Sin embargo, con excepciones como la de Bolívar, nadie entendió esa historia y esa experiencia. Había filósofos como Antonio Nariño —el mismo oficial que alcanzó a alistarse en las tropas que iban a desbaratar las hordas comuneras de 1781— que conocían los Derechos del Hombre y no sabían filosofar cuando el pueblo se levantaba en armas para conquistar instintivamente esos derechos.

La dinámica revolucionaria de las guerras de independencia es la misma dinámica de las insurrecciones populares del siglo XVIII; pero quién asegura esa continuidad, quién es capaz de efectuar ese empalme, es el genio político de Simón Bolívar. No debe olvidarse que América tiene su propia tradición revolucionaria: antes de la Revolución Francesa de 1789 y antes del conocimiento teórico de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, los Comuneros afirmaron revolucionariamente la soberanía popular en 1781, como antes lo habían hecho los levantamientos indígenas de Tupac Amaru y Tupac Katari. En las guerras de independencia culmina la onda insurreccional que sacude a la América Española del siglo XVIII y en Simón Bolívar remata el ciclo de los grandes caudillos anticolonialistas, iniciado con José Antonio Galán —el verdadero Precursor— y continuado con Miranda el general girondino que sirve de puente entre las viejas y nuevas generaciones revolucionarias, entre el estilo europeo y el estilo americano de la revolución.

El gran error de bolívaristas y santanderistas ha consistido en querer juzgar a Bolívar por partes. Y los hombres —héroes o villanos— no son susceptibles de parcelación o de recorte. El hombre histórico es una unidad y un proceso y todo lo que hagamos por descubrirlo tendrá que conformarse a este juicio. Si a Bolívar queremos juzgarle por una batalla, por una acción aislada, por una política, encontrariamos posiblemente mejores conductores en la administración y en la guerra. Sucre pudo dar mejores batallas —desde el punto de vista del arte militar— y Santander pudo resolver mejor los problemas de los abastecimientos en la guerra, pero esto no prueba que Sucre o Santander hayan superado a Bolívar en el cuadro general de las guerras libertadoras, sino que —en su papel— podían desempeñarse mejor que Bolívar. El Libertador fue el genio político de las guerras de independencia, lo que no quiere decir que hubiese podido realizar eficazmente todos los papeles de la guerra o de la conducción política. Bolívar hubiese sido un mal intendente o un mediocre general, reducido a la misión de cumplir pequeñas tareas tácticas; esto no quiere decir sino que

los genios operan como conductores, no como conducidos. Al Libertador hay que juzgarle a través de la totalidad del proceso de las guerras libertadoras y a través del drama de una república salida de los cuarteles y que de la noche a la mañana quiere borrar el cesarismo, eliminar por decreto la fuerza y vivir como en la antigua república romana o en la primera república francesa. Bolívar está ligado a esta historia partida en facciones y que, en consecuencia, siempre ha adoptado ángulos partidistas para enfocarle. El genio político de Bolívar no puede ni debe juzgarse por el proyecto de Constitución Boliviana, ni por la dictadura de 1828, ni por la proscripción de Bentham —el gran filósofo del derecho— ni siquiera por el arsenal de cartas y documentos que revelan la más aguda perspicacia y el más inusitado empuje de un espíritu humano: el genio se revela en la capacidad de transformar las guerras de independencia en una revolución social, canalizando las fuerzas subterráneas que venían desatándose desde la insurrección comunera de 1781. El hecho de que la revolución se hubiese frustrado —en cuanto la república no pudo mover el suelo dejado por la Colonia española, ni quebrantar sus leyes de inercia— no desvirtúa la naturaleza de ese hecho, sino el cual no comprenderíamos la dinámica, el espíritu, la fuerza expansiva de las guerras libertadoras. Sin esta transformación revolucionaria de la guerra, el pueblo habría podido seguir detrás de las banderas de Boves, aceptar los caminos eclesiásticos que mostraban al Rey como "soberano y Señor natural" y continuar rodeando silenciosamente los patíbulos en los que vertieron su sangre las aristocracias letradas de 1810.

Esta es la única perspectiva justa para determinar y comprender la estatura histórica del General Simón Bolívar. Los grandes capitanes de la historia son de este mismo corte: hombres de Estado y conductores militares como César, como Washington o como Napoleón, para Bolívar, la guerra no es sólo un problema de choque de fuerzas armadas, sino un problema de política. Nadie como él intuía el manoseado principio de Clausewitz: "La guerra es la política por otros medios". En esto consiste su absoluta singularidad.

La guerra, para Bolívar, no es sólo una escuela de aprendizaje y aplicación del arte militar, sino el camino de descubrimiento del pueblo. Este es el hallazgo político que conforma su vida y su pensamiento. En la guerra, el General Bolívar entra en contacto con ese pueblo beligerante que estaba conquistando sus derechos y su liberación con las armas en la mano y con el costo de su sangre, desde la época rousoniana de don Simón Rodríguez, el Libertador había conocido teóricamente la importancia de ese pueblo en la construcción de los nuevos conceptos de soberanía y república representativa: ahora se incorporaba a él, prácticamente, en el justo momento de la prueba

A través de la guerra, efectuaba la extraordinaria aventura de ir de pueblo como noción racionalista —tal como transitaba por los textos de Rousseau y Montesquieu— al pueblo como realidad viva, cambiante, empujada por las más diversas presiones. Es típicamente revolucionario el concepto bolivariano de que el ejército es el pueblo en armas. Este punto de vista explica la alergia de Bolívar, su hostilidad, su desprecio, por los "letrados" que hablaban a nombre del pueblo fuera del duro campo de sus sacrificios y que se enfrentaban demagógicamente a todo lo que saliese del cuartel. Y ¿qué era el cuartel —en los primeros días de la república— sino el único intento serio de poner a funcionar una democracia de carne y hueso y de romper el sistema de valoración social por medio de medidas de riqueza o de sangre? Este es uno de los planteamientos más originales de Manuel M. Madrid en Ideas Fundamentales de los Partidos Políticos en la Nueva Granada: en el cuartel se fraguaba una democracia bárbara y primitiva, pero era la única democracia en una sociedad basada en las desigualdades de clase o de raza. En carta al General Santander, en 1821 y en un 13 de junio, escribía el Libertador: "Por fin, han de hacer tanto los letrados, que se prescriban de la república de Colombia, como hizo Platón con los poetas en la suya. Esos señores piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el Ejército porque realmente está, y porque ha conquistado este pueblo de manos de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede.... Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de laudos arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos de Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los juajibos de Casanare y sobre todas las hordas salvajes de África y América que, como gamos, recorren las soledades de Colombia".

Los historiadores liberales han propagado la tesis de que Bolívar, animado por un temperamento cesarista, no pudo entender el problema de la libertad y del sistema representativo. Lo que hay es que el Libertador reaccionaba acremente contra la minoría de letrados que suplantaba la voluntad del pueblo a título de representación popular: ¿cómo podía interpretar una voluntad vacía de pensamiento y de normas? En el principio del sistema de representación operaba un fraude, ya que la voluntad del pueblo no es nada si por dentro de ella no existe una conciencia política y social. El arrastre electoral, no puede interpretarse como un método republicano de consulta, sino precisamente como todo lo contrario: un sistema de anulación de la voluntad del pueblo. Si casi nadie ejerce conscientemente sus derechos electo-

rales —porque no existe la formación para la ciudadanía o porque no funciona el juego limpio entre los partidos— no puede hablarse de “acto de la voluntad pública”, sino de suplantación política de esa voluntad. Todo nuestro sistema parlamentario está construido sobre ese piso de arena. A juzgar por la literatura política bolivariana, el Libertador no repudió el sistema representativo, sino la representación como un fraude. No sólo insiste con frecuencia en la tesis de que una minoría de letrados se abroga el derecho de representación —lo que no puede servir de base a una república, aun cuando los representantes sean herederos ideológicos de Rousseau, Locke y Montesquieu— sino en la doctrina de que no debe confundirse la libertad de esos grupos con la libertad de los pueblos. En el Diario de Bucaramanga, el General Bolívar se pronuncia contra ese liberalismo de simillor que conspiraba a nombre de la libertad contra las libertades de los pueblos; no habla un general bonapartista, sino el líder jacobino de la revolución de independencia.

Otro juicio que es necesario revisar en el análisis de las guerras de independencia, es el de que Bolívar hubiese adoptado, frente a esa historia, un criterio de facción o partido. El Libertador ni siquiera aceptaba encerrarse en el punto de vista de quienes, frente al santanderismo, habían constituido un partido bolivariano. Si el General Bolívar no concurrió a la Convención de Ocaña, fue para no comprometerse en las maniobras de sus enemigos o de sus amigos: le enardecía el liberalismo santanderista, pero se sentía traicionado por la facción conservadora dirigida por Castillo Y Rada.

La posición anti-partidista de Bolívar se revela —nítida y acremente— en su juicio sobre la Historia de la Revolución escrita por José M. Restrepo, uno de los portavoces más insignes del partido bolivariano: “Otro defecto suyo es la parcialidad —dice en el Diario de Bucaramanga (Perú de la Croix, p. 134)—: se descubre en todas partes; con respecto a mí se ve la intención que tiene de complacerme; temería el criticar fuertemente algunos de mis hechos. Convengo que puede escribirse la historia de los que han figurado en ella aún viviendo éstos, pero confieso también que no puede escribirla con imparcialidad el que, como el señor Retrepo, se encuentra con respecto a mí, en una situación política dependiente de la mía”. “Venga, pues, sobre mí, el juicio del pueblo colombiano: es el que quiero, el que apreciaré, el que hará mi gloria, y no el juicio de mi Ministro del Interior”.

Es ahora cuando tenemos la perspectiva adecuada para analizar críticamente la historia revolucionaria de Simón Bolívar, si ya hemos roto con las facciones y los compromisos históricos que heredamos de

las guerras de independencia. Carecen de importancia la versión negra o la versión rosa, la del partido capuleto o la del partido montesco. La historia que está por escribirse es la que determine la estatura, el papel, los objetivos, del General Bolívar, en términos de su época y de su pueblo.

